

Esta amistad de la Sabiduría para con el hombre proviene de que el hombre, en su creación, es el compendio de sus maravillas, su pequeño y su gran mundo, su imagen viviente y su lugarteniente en la tierra. Y desde que, por efecto del grande amor que tenía al hombre, se hizo semejante a él haciéndose carne y se entregó a la muerte por salvarle, le ama como a su hermano, a su amigo, a su compañero, a su discípulo, como al precio de su sangre y al coheredero de su reino, de suerte que se le hace violencia infinita cuando se le niega o se le arrebatara el corazón de un hombre.

### 1. Carta de amor de la Sabiduría eterna

**65.** Es tanto el deseo que tiene del amor de los hombres esta belleza eterna y soberanamente amable, que escribió expresamente un libro con el fin de conquistarlo, mostrándole sus excelencias y los deseos que de él tiene: un libro que viene a ser como una carta de la amante al amado para ganar su afecto. Los deseos de poseer el corazón del hombre que en él manifiesta son tan ardientes, la solicitud que demuestra por ganarse su amistad es tan delicada, sus llamadas y deseos tan amorosos, que oyendo sus palabras se diría que no es la Soberana del cielo y de la tierra la que habla y que necesita del hombre para ser feliz.

**66.** Para encontrar al hombre, ora recorre los caminos frecuentados, ora sube a la cima de las más altas montañas, ora se llega a las puertas de las ciudades, ora penetra en las plazas públicas o en medio de las asambleas, llamando a voz en grito: (Pr 8, 4.) «¡Oh hombres!, es a vosotros a quienes llamo desde hace largo tiempo; es a vosotros a quienes me dirijo, a quienes deseo y busco, por cuya posesión suspiro. Oídmeme, acercaos a mí; ansío haceros dichosos».

Y para atraérselos más eficazmente les dice: Es por mí y por mi gracia por la que gobiernan los reyes y mandan los príncipes, y los potentados y los monarcas llevan el cetro y la corona. Yo inspiro a los legisladores el arte de promulgar buenas leyes para el buen gobierno de los estados; yo doy valor a los magistrados para ejercer equitativamente y sin temor alguno la justicia (Pr 8, 15 y 16).

**67.** Yo amo a los que me aman, y me hallarán los que madrugaren a buscarme; en mi mano están las riquezas y la gloria, la opulencia, la justicia; los honores, las dignidades, los sólidos placeres y las verdaderas virtudes, en mí se encuentran; y es incomparablemente mejor al hombre el poseerme que poseer todo el oro, la plata y las piedras preciosas del mundo y los bienes de todo el universo. Yo guío a las personas que vienen a mí por los caminos de la justicia y de la prudencia, y las enriquezco con la posesión de los verdaderos hijos hasta colmar sus deseos (Pr 8, 17-21), y estad bien persuadidos de que mi mayor contento y mis mayores delicias son el conversar y habitar con los hijos de los hombres (Pr 8, 31).

**68.** Ahora, pues, ¡oh hijos!, escuchadme: Bienaventurados los que siguen mis caminos. Oíd mis documentos, y sed sabios, y no queráis desecharlos. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela continuamente a las

puertas de mi casa, y está de observación en los umbrales de ella.

Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación. Mas quien pecare contra mí, dañará a su propia alma. Todos los que me aborrecen a mí, aman la muerte (Pr 8, 32-36).

**69.** Después de todo lo que ha dicho y hecho de más tierno y de más seductor para granjearse el amor de los hombres, teme aún que, a causa de su maravilloso esplendor y de su soberana majestad, no se atrevan, por respeto, a acercarse a ella. Y por esta razón les hace saber que es de fácil acceso: que se deja ver fácilmente de los que la aman; que se anticipa a aquellos que la codician, poniéndoseles delante ella misma; que quien madrugare en busca de ella no tendrá que fatigarse para encontrarla, pues la hallará sentada en su misma puerta esperándole (Sb 6, 13-15).

### 2. La Encarnación, la Muerte y la Eucaristía

**70.** En fin: para acercarse más al hombre y manifestarle más tiernamente su amor, la Sabiduría eterna llegó a hacerse hombre, haciéndose niño, viviendo en suma pobreza e incluso muriendo por el hombre en la cruz. Cuántas veces exclamó, mientras vivía en la tierra: Venid a mí venid todos a mí; yo soy, no tenéis miedo alguno; ¿por qué teméis? Soy semejante a vosotros; os amo. ¿Teméis porque sois pecadores? Precisamente a los pecadores busco; soy su amiga. ¿Por qué os habéis extraviado del redil por vuestra culpa? Yo soy el Buen Pastor. ¿Por qué estáis cargados de pecados, cubiertos de inmundicias, abrumados de tristeza? Precisamente por eso debéis venir a mí, pues os aliviaré y os consolaré.

**71.** Queriendo, por una parte, demostrar su amor al hombre hasta morir en su lugar para su salvación, y no pudiendo, por otra, decidirse a separarse de él, halló un secreto admirable para morir y al mismo tiempo seguir viviendo y permanecer con los hombres hasta el fin de los siglos: la amorosa institución de la Eucaristía; y para satisfacer cumplidamente su amor en este misterio no tuvo inconveniente alguno en cambiar y trastornar la naturaleza entera. Podía ocultarse bajo el brillo de un diamante o de una piedra preciosa; no lo hizo, porque su deseo no era únicamente el de morar exteriormente con el hombre; lo que hizo fue disfrazarse bajo las apariencias de un pedacito de pan, que es el alimento propio del hombre, a fin de que, siendo comida por el hombre, penetrando hasta su corazón, pudiera hallar allí sus delicias.

*Arden ter amantium hoc est...* (SAN CRISÓSTOMO, In Ioannem, hom. 46, n. 3 (MG 59, 260). Se lee en el Brevariario, Sabb. infr. oct. Ssmi. Corporis Christi, 3.º nocturno).

«¡Oh Sabiduría eterna -dice un santo-, oh Dios verdaderamente pródigo de sí mismo por el deseo que tiene del hombre!»

### 3. Ingratitud de quienes rechazan a la Sabiduría

**72.** Si los ardientes deseos, las recuestas amorosas y las pruebas de amistad de esta amable Sabiduría no nos conmueven, ¡qué insensibilidad y qué ingratitud la nues-